Ciências Sociais Unisinos
43(2):127-135, maio/agosto 2007
© 2007 by Unisinos

Movimientos sociales, construcción de subjetividades colectivas y nuevos procesos sociopolíticos: un análisis sociológico a partir de los casos de Brasil y del cono sur

Social movements, construction of collective subjectivities and new sociopolitical processes: a sociological analysis on the basis of the cases of Brazil and the southern cone

Alfredo Falero[1]
alfredofalero@gmail.com

Resumen

El artículo apunta a mostrar un ángulo de análisis basado en la perspectiva de construcción de subjetividades sociales o colectivas, a efectos de dar cuenta de la tensión entre regulación y emancipación social (por emplear los términos de Boaventura de Sousa Santos) que cruza los nuevos procesos sociopolíticos que están ocurriendo en el cono sur de América Latina y Brasil y delinear algunos escenarios posibles. Con el esquema conceptual propuesto, se procura mostrar como la expansión de una subjetividad cooperativa en distintos espacios sociales, a veces microespacios, es condición para la transformación del actual patrón de poder. Una dirección que, como es notorio, los gobiernos de Lula, Vazquez, Kirchner y Bachelet no parecen dispuestos a -o no están en condiciones de- transitar. Ello sugiere repensar el campo popular en su relación con los actuales gobiernos y examinar la capacidad de éstos de construir nuevos consensos políticos. En tal sentido, es preciso comenzar a delinear los conflictos entre ambas esferas en la nueva etapa, las presiones de un lado y otro, las dinámicas de cooptación entre gobiernos y diferentes movimientos sociales y para ello se trabaja con algunos ejemplos recientes tomados de estos países.

Palabras claves: subjetividad colectiva, campo popular, nuevo consenso político.

Abstract

The article discusses an angle of analysis based on the perspective of the construction of social or collective subjectivities, in order to account for the tension between social regulation and emancipation (in Boaventura de Souza Santos' terms) that permeates the new sociopolitical processes occurring in the southern cone of Latin America and Brazil and in order to delineate some possible scenarios. Starting from the conceptual framework proposed, it shows how the expansion of a cooperative subjectivity in different social spaces, sometimes microspaces, is a condition for the transformation of the current pattern of power. This is a direction that the administrations of Lula, Vazquez, Kirchner and Bachelet seem to be notoriously unwilling or unable to pursue. This implies rethinking the popular forces in their relationship with the current administrations and the latter's ability to construct a new political consensus. Thus, it is necessary to start delineating the conflicts

[1] Docente e investigador, Dpto. de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay.

between both spheres in the new period, the pressures from each side, as well as the dynamics of cooptation between governments and various movements. To do this, this paper focuses on some recent examples taken from these countries.

Key words: collective subjectivity, popular forces, new political consensus.

Introducción general

No es posible explicar los recambios políticos en América Latina, las expresiones de búsquedas de cambio social en general -más allá de bloqueos de otros agentes o de frenos propios- sin las expresiones de protesta, sin las demandas de derechos de todo tipo que movimientos y organizaciones sociales vienen construyendo particularmente desde la década del noventa. Tampoco es posible delinear escenarios sobre el futuro inmediato de los actuales procesos sociopolíticos en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay sin considerar las complejas relaciones entre las mencionadas expresiones de lo que habitualmente se aglutina como "sociedad civil" y los gobiernos de estos países. Esta es la tesis que subyace al presente artículo.

Las expresiones populares a las que se hace referencia parten de un tejido social en el que han existido y se siguen procesando profundas mutaciones, lo cual modifica los marcos generales de conformación de agentes de socialización y de sujetos con capacidad de construcción subjetiva de derechos, con capacidad de construir formas subjetivas de apropiarse de la realidad. Boaventura de Souza Santos (otros autores también lo han hecho) caracteriza a esa subjetividad en forma de red, de sujetos múltiples que expresan la variedad de la vida social, como subjetividades posmodernas. Pero sociedad posmoderna en el sentido del sociólogo portugués está lejos de la de autores de la década del ochenta como Lyotard. Como se sabe, Souza Santos (1998; 2000) sugiere transición hacia lo nuevo, desgarramiento en el orden social entre emancipación y regulación.

Así es que no solo se trata de examinar los agentes sociales y los derechos que reclaman, es preciso tener presente el tipo de protesta en función de transformaciones sociales profundas y la formación de subjetividades colectivas implicadas en función de las diferentes coyunturas. Por ejemplo, los espacios extralaborales o territoriales pasan a ser mucho más constitutivos de subjetividad colectiva de demanda que antes en algunos sectores. Piénsese en FUCVAM -la Federación de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua- en Uruguay, piénsese en el Movimiento Sin Tierra o en el de los Sin Techo en Brasil.

O recuérdese la subjetividad colectiva actual instalada en Argentina sobre derechos humanos y los responsables de su violación. Seguramente existe allí actualmente una política decidida del gobierno en ese sentido, pero ¿ésta sería posible sin que una parte importante de la sociedad argentina la considerara un tema pendiente? Más aún, compárese la situación actual con aquella primera marcha de la resistencia de las madres de Plaza de Mayo que ocurrió por primera vez en 1981 con 14 mujeres rodeadas de 300 policías. Este hecho puede ser visto como el símbolo de inicio de una construcción de un sentido social sobre memoria y justicia. Hay que tener en cuenta que muy distinta es la situación en Brasil, ya que a más de 40 años del Golpe de Estado (1964) casi no se ha avanzado en investigación sobre crímenes cometidos por las Fuerzas Armadas (aunque no hayan tenido la virulencia del caso argentino).

Pero más allá de las especificidades de cada sociedad, más allá de las diferentes trayectorias históricas de los cuatro países, el presente artículo procura un análisis de carácter regional de las expresiones de movimientos y organizaciones sociales en su relación con los gobiernos actuales. Naturalmente esto puede realizarse desde diversas perspectivas. Aquí se propone una de ellas y es la que se anticipa antes: establecer como esquema conceptual para ese análisis una perspectiva de subjetividad social o colectiva.

Así es que, en la primera parte, se establecen las principales bases conceptuales que a nuestro juicio resultan sustantivas y se alude a las corrientes teóricas a las cuales se acerca y de las que se aleja tal perspectiva. En la segunda parte, se propone introducirse en el desafío conceptual abierto que significa caracterizar las mediaciones y horizontes de posibilidades que se presentan en la relación entre los llamados gobiernos progresistas y los actores sociales que nos ocupan.

Acerca de la perspectiva de análisis

¿Qué tiene de interesante plantear como instrumento de análisis la perspectiva de subjetividad social o colectiva? Con esta noción se alude naturalmente a un abanico de percepciones, representaciones, ideas, sentimientos, expectativas, deseos, etc., pero, como se verá, no se trata de aislar lo subjetivo de las prácticas sociales, por el contrario se rescata la relación dialéctica entre ambas. Además, entre otras cosas, se trata de contribuir al esfuerzo de síntesis de integrar lo microsocial con lo macrosocial, es decir de como la sucesión de cotidianeidades y coyunturas por las que atraviesan individuos y grupos son, a la vez, constitutivas de sujetos sociales.

Cuando en la década del ochenta y noventa, el sociólogo chileno Hugo Zemelman abre una discusión teórico epistemológica en México sobre pensar la política, sujetos sociales y "los horizontes de la razón" (1989; 1992; 1996), introduce en el cua-

dro algo central: la capacidad de construcción de alternativas desde lo potencial, de un presente que encierra horizontes de posibilidades distintos a lo dado, de un futuro indeterminado que es también el resultado de construcción de los sujetos sociales en el presente.

Esto significa que la subjetividad colectiva se construye, que abre alternativas de sociedad y que el resultado dependerá de lo que realicen los sujetos sociales. Significa además que tiene elementos de estabilidad y de cambio y que esa construcción está tensionada entre diferentes proyectos de sociedad. Es decir, existen batallas silenciosas que inciden en la subjetividad colectiva para generar formas de ser y estar en la sociedad. Pero no se trata de una discusión solamente sobre medios masivos de comunicación. La discusión debe remitir a distintos espacios de cotidianeidad y de socialización donde se construye y en los que se han dado profundas transformaciones si se compara con algunas décadas atrás: la familia, los lugares de trabajo, el sindicato, el barrio, etc.

Por ejemplo, la formación de subjetividades reconoce ya en espacios extralaborales elementos constitutivos cada vez más determinantes. Pero también a veces tiene que ver con lo laboral en forma indirecta. Por ejemplo, considérese el caso argentino y la protesta mediante el corte de ruta, una forma ya generalizada, que da cuenta de un nuevo espacio social de resistencia y de nuevas formas de subjetividad. Recuérdese que su surgimiento aparece en los márgenes del sistema: las provincias argentinas de Neuquén, Jujuy y Salta en 1996 y 1997 y luego llega al conurbano de Buenos Aires. El componente era de desempleados afectados por privatización o cierre de empresas, articulados con otros sectores del entramado social como comerciantes, vecinos u organizaciones sociales (Delamata, 2002).

El objetivo es entonces examinar algunos aspectos de esta tensión entre proyectos de sociedad en el plano de la subjetividad colectiva. Como señala Boaventura de Sousa, el principio de la subjetividad es mucho más amplio que el principio de la ciudadanía (1998). Desde la teoría liberal, se promovió la reducción de la participación política al ejercicio del derecho del voto. Cualquier otra forma fue y es desestimulada. Pero la simple postulación de ampliación de la participación no necesariamente supone transformaciones sustantivas. Emancipación se entiende aquí entonces como construcción de ciudadanía pero ampliando paralelamente la subjetividad colectiva de resolución de necesidades como construcción de derechos colectivos. Con igual inspiración en el sociólogo portugués, se entiende por regulación la construcción de una subjetividad de adaptación, es decir que si bien se pueden construir formas de oposición no se traducen en forma sistemática de demanda de derechos colectivos.

Actualmente, teniendo presente los casos que nos ocupan, la tensión entre regulación y emancipación adquiere nuevas formas y supone por tanto renovadas batallas por la construcción de subjetividades. En este sentido, se apunta a examinar el plano de posicionamientos y de actitudes de actores sociales frente a contextos de generación y de cristalización de nuevos consensos - de todas maneras, siempre precarios - en suma, de conquista de la cabeza de los individuos, aunque pueda sonar una afirmación un tanto paranoica. El problema que se plantea es no caer en ingenuidades académicas cuando existen prácticas de construcción de poder simbólico que sustentan intereses específicos aunque se hacen pasar como de toda la sociedad, como decía el sociólogo Pierre Bourdieu (véase entre otros trabajos, 2005).

Principales líneas teóricas

Si bien no es posible realizar aquí desarrollos teóricos amplios, procuramos rescatar, con inspiración gramsciana, como en la construcción de movimientos sociales se expresa "la articulación concreta entre necesidades, experiencias y utopías en determinadas coordenadas de tiempo y espacio" (León y Zemelman, 1997, p. 28). La resolución de necesidades en la praxis cotidiana implica tanto al pasado en términos de experiencias, memoria, tradición, como también al futuro en el sentido de reconocimiento de opciones posibles en las distintas coyunturas, lo cual supone la utopía.

La construcción de alternativas sociohistóricas siempre depende de la activación de lo potencial, no solo de lo dado, implica la idea de movimiento y no de percepciones cristalizadas, de involucramiento en procesos colectivos que a su vez producen experiencias y nuevas formas de subjetividad social. Esto lleva a toda esa línea teórica conocida que va de Gramsci, a Thompson, y que en América Latina se tradujo en contribuciones como las del brasilero Eder Sader (1995) al colocar la importancia de las atribuciones de significación y sentido que van dando los propios actores sobre un conjunto de necesidades sociales. En otros trabajos, hemos desarrollado este punto.

Pero también hay que hacer notar que no se trata de transformaciones subjetivas solo de los participantes en la experiencia. Los movimientos sociales buscan un efecto de sensibilización hacia toda la sociedad y pueden colocar su demanda en la agenda política y/o sensibilizar a la llamada "opinión pública". Pensemos en el movimiento por los Derechos Humanos en Argentina y Uruguay. Su visibilidad permitió generar el desafío simbólico a la sociedad que el tema estaba pendiente de resolución pese a la subjetividad colectiva que se procuraba construir desde los gobiernos como tema saldado. El sentido social en juego era de derecho a una justicia real para todos (no con excepciones, cuando porque se trataba de militares), de derecho a la memoria colectiva, etc.

Rescatamos adicionalmente que la conformación de organizaciones y movimientos sociales nunca puede verse como algo producido sino como una producción permanente en una sucesión de coyunturas. También participan en un campo de fuerzas específico en el sentido de Bourdieu. Proponemos hablar en este sentido de campo popular. Sabemos que un campo es un sector determinado de la actividad social en el que los participantes ponen en juego los recursos de los que disponen - en el campo popular pueden ser las habilidades para comunicar ideas, para construir redes sociales, etc. - buscando obtener bienes que sólo este campo específico puede proveer (por ejemplo el tipo de prestigio que administra el campo). El capital operativo en cada campo es el conjunto de recursos que puede ser utilizado para

obtener una ventaja en el mismo, pero es un producto del campo, y no existe fuera de él.

Hay una relación entre subjetividad colectiva y campo, pues este existe en la medida en que ejerce una influencia sobre la perspectiva y las acciones de los participantes (la *illusio*), que se extiende también sobre los demás campos. Además los implicados en el campo construyen *habitus* que suponen principios de valoración y juicio que están definidos por las reglas mismas del campo. Hay también aquí una aproximación posible entre esta categoría y la ya mencionada de experiencia.

Dentro de lo que llamamos campo popular, sus agentes participantes son organizaciones y movimientos sociales. Dicho en términos generales, éstos promueven la construcción subjetiva y la implementación real de determinados derechos: al trabajo en mejores condiciones, al acceso a la tierra, a una vivienda digna, a la memoria histórica y la reivindicación de derechos humanos, etc.[2] En este sentido, participan en una batalla de subjetividades, de construcción simbólica dentro del campo y con otros campos. Al tratar el conjunto como campo en el sentido de Bourdieu, hay que tener presente las características generales de todo campo y las particulares de este caso.

Además, siempre en la línea de construcción conceptual, aquí se presenta otro problema y es que los movimientos sociales son una variante de la acción colectiva o de la movilización social si se prefiere, pero no toda acción colectiva o movilización constituye, digamos "técnicamente", un movimiento social. Esto quiere decir que la noción de movimiento social puede ser, paradójicamente, estrecha, restrictiva, para observar las luchas por la construcción de derechos.

Como fundamentamos en un artículo ya hace algunos años (Falero, 1999), sobretodo teniendo presente el caso de pequeños países como Uruguay, aplicar la categoría "movimientos sociales" no es suficiente para dar cuenta de una complejidad de prácticas sociales con sentido social emancipatorio o antisistémico que se sitúan en determinados contextos sociohistóricos que van variando[3]. De hecho, actualmente en Uruguay solo dos casos entrarían en la categoría: el movimiento sindical y la mencionada Federación uruguaya de cooperativas por ayuda mutua. Incluso hay quienes discutirían este caso. De tal forma, se dejaría de explicar una enorme variedad de formas de creatividad social y de protestas -piénsese para Uruguay lo que significó la construcción social de los plebiscitos en la década del noventa- a veces con formatos menos organizados, creadoras de nuevos sentidos sociales existentes aunque no adecuadamente catalogadas[4].

En este sentido, es que sostenemos que es preciso pensar en forma de arco de expresiones en que las necesidades cotidianas se construyen como demanda de derechos colectivos. Cuando se observa esa perspectiva de abanico de expresiones (obviamente no sin conflicto entre éstas) en relación con la construcción subjetiva de derechos que suponen una construcción de un sentido social hacia el futuro - y más allá que se puedan rastrear o no empíricamente consecuencias inmediatas de resolución de la necesidad - aparece una extraordinaria riqueza social que relaciona, como se decía antes, la cotidianeidad con procesos históricos más allá de lo coyuntural.

Ahora bien, es difícil que hoy alguien sustente públicamente que los derechos no deben expandirse en una sociedad. Es políticamente incorrecto. Pero, en los hechos, la construcción de derechos puede ser pensada en un sentido restrictivo, atada inquebrantablemente a la propiedad privada o en un sentido amplio, radical, emancipatorio. Esto puede dar lugar a diferentes visiones de sociedad que se cruzan con las posibilidades contextuales globales de la misma y a la capacidad de construcción sociohistórica. No son, notoriamente, las mismas las posibilidades y lógicas de construcción de derechos en una sociedad del capitalismo central que en América Latina aunque siempre supone –dicho en términos generales- aprehender la dialéctica que se genera entre las prácticas colectivas y la subjetividad social que permite impulsar esa construcción de derechos.

Cuando estas prácticas presentan cierta organicidad y cierta permanencia en el tiempo, cuando implican la participación de un número importante de individuos, en suma cuando una mezcla de acciones colectivas con y sin presencia pública están intencionalmente dirigidas a transformar un orden social y promover derechos, se suele caracterizar esto como movimientos sociales. Si esta transformación se proponía como superadora del capitalismo, desde mediados del siglo XIX con creciente fuerza hasta la década del setenta del siglo XX, se le daba el nombre de socialismo. De hecho, hasta mediados del siglo XIX esa palabra era demasiado novedosa y general para tener un uso importante. Un socialismo del siglo XXI como hoy suele decirse, de concretarse, dependerá en forma sustantiva de la capacidad de los movimientos sociales (o antisistémicos diría Wallerstein en sus trabajos), para construir nuevos sentidos de sociedad.

Teorías de la elección racional y cálculos estratégicos de agentes

Desde la década del ochenta, el campo de la Sociología tuvo un cambio cualitativo poco feliz: decididamente comenzó a importar desde la Economía una visión y un método. Si bien el auge de esta tendencia académica fue y es variado de acuerdo al lugar, tal programa de investigación asentado en supuestos al menos polémicos daba cuenta de cuestionamientos, inseguridades y búsque-

[2] Ese conjunto de agentes generalmente se ubica analíticamente en la noción de sociedad civil, pero en verdad ésta es una noción más amplia y difusa (porque puede incluir a la iglesia, organizaciones empresariales, todo tipo de organizaciones no gubernamentales, etc.) y de la que incluso habrá que estudiar si sigue teniendo capacidad explicativa.

[3] Una referencia teórica a considerar adicionalmente en este punto es Tarrow, (1997), que relaciona acción colectiva con política.

[4] Sobre Uruguay, remitimos a nuestros trabajos: Falero (2006) y Falero y Vera, (2004).

das en el ámbito de la Sociología y de la incapacidad autocrítica y al mismo tiempo de ejercer fuerte incidencia desde el ámbito de la Economía. Sobra señalar que nuevamente estamos frente a un tema muy amplio y aquí se trata de introducir algunos elementos para argumentar que los intentos de mejorar la visión de elección racional no modifican que se está frente a una postura radicalmente contraria a la que acá se defiende que no obstante no deja de considerar la idea de cálculos estratégicos de agentes.

Recuérdese brevemente el origen. A la pregunta ¿por qué participamos en acciones colectivas?, el economista Mancur Olson, autor de *The Logic of Collective Action*, un trabajo originalmente publicado en 1965, señalaba que los individuos no participarán en grupos grandes para obtener un bien público a menos que se les coaccione o se les estimule con algún bien material o simbólico y en tal sentido es una conducta racional si alguien puede beneficiarse de la acción colectiva evitando los costos de la participación (Olson, 1992). La lógica de la acción colectiva es la misma lógica de maximización del beneficio personal en las elecciones que se hacen en el "mercado".

Las críticas más evidentes surgidas tempranamente a raíz de esta línea de trabajo pueden esquematizarse en tres ejes: el relacionado con la historia, el relacionado con la caracterización de la elección y el que refiere a las condiciones en que se realiza una elección. Respecto a lo primero, no requiere mayor fundamentación que existe un carácter histórico de las preferencias, y para esta visión, al contrario, éstas parecen ser universales y estables. Incluso no considera las identidades que se generan sociohistóricamente y que modifican tales preferencias. En cuanto a lo segundo, lo más claro es que el egoísmo es una mala descripción de las preferencias. Si se agrega la hipótesis del altruismo como contrapartida de elección no racional, también resulta ser igualmente ahistórica. Finalmente, hay condiciones sociales que no permiten a los individuos actuar racionalmente.

Tales líneas de críticas han llevado a una complejización y matización de las anteriores posturas, y entre los nombres más conocidos en esa trayectoria debe establecerse el de Jon Elster. Autor de origen noruego, ha publicado numerosos trabajos bajo esta perspectiva de visión instrumental por la cual las acciones de los individuos son elegidas como un medio más o menos eficiente para llegar a un fin[5]. En tono de divulgación general, el propio autor no deja de colocar como ejemplo primero el del empresario que desea maximizar la ganancia para lo cual debe considerar que productos debe ofrecer, cuando producir y como producirlos (Elster, 1995, p. 31).

Así es que, más allá de matices, se está frente a una caracterización de individuos que se enfrentan a menudo a situaciones de elección, y ese es el punto de partida y de llegada del análisis. La construcción de la elección no es vista como un problema. A partir de aquí, puede sospecharse una problemática fundante no menor si la sociedad -aún a efectos de ser simplificada para ser estudiada y advirtiendo en consecuencia que todo es más complejo- termina siendo percibida como una suma de agentes racionales que eligen, optimizando el mejor de todos los medios que creen disponibles. No obstante, este reduccionismo se disimulaba con la capacidad de introducir una metodología potente, de amplio desarrollo.

En el caso de la sociedad, considerar individuos o actores individuales sugiere para esta corriente la virtud de no contentarse con agregados como clases, grupos o naciones como unidades elementales. En términos de Elster (1995), se trata de mostrar las "tuercas y tornillos" de lo que luego serán otros patrones agregativos. En tren de evitar atribuir apresuradas posturas sobre naturaleza humana o social en el examen de conductas individuales, subráyese que para Elster se trata, más que otra cosa, de una consideración metodológica.

Cierto es que estas teorías de la elección racional no dejaron de incorporar matizaciones. Entre otras: reconocer limitaciones estructurales que reducen los cursos posibles de acción, admitir que estas teorías pueden fallar por indeterminación (por ejemplo, el cálculo puede ser sencillamente imposible) o por irracionalidad (la voluntad del agente en función de diversas motivaciones), asumir el carácter descriptivo -y poco explicativo- de lo que se proponía (De la Garza, 1994). No obstante este arco de relativizaciones, la base de la visión general obviamente se mantiene y si bien puede salvar un conjunto de críticas, sigue sin dejar de escapar a otras.

En particular, desde un punto de vista teórico general, la construcción de la decisión utilitaria -aún como supuesto metodológico y no como consideración de la naturaleza humana- no deja de ser extremadamente frágil desde una perspectiva sociohistórica de construcción de subjetividades sociales, donde las preferencias y las creencias no pueden desatender una complejidad de móviles generados en contextos extremadamente diversos.

El conjunto de autores tributario de las teorías de la elección racional, como ya se dijo, es amplio y variado. Pero a nuestros efectos, además de Elster corresponde no dejar de mencionar el nombre de Mark Granovetter (1985), particularmente por su concepto de imbricamiento o enredamiento (*embeddedness*). Se observa aquí una preocupación clave: la acción social no está separada de la búsqueda de aprobación social, del estatus, de la sociabilidad y del poder. Ahora el actor racional se ve socialmente "enredado" y esto tiene consecuencias de largo plazo para sus decisiones. La idea de redes sociales llevada al terreno del análisis de las relaciones económicas es profundamente sociológica, y el rescate que realizaba de "La construcción social de la realidad" (el clásico de Berger y Luckman) no dejaba de señalar un camino diferente. Sin embargo, ¿constituía efectivamente una síntesis teórica? ¿constituía una línea alternativa para evitar el anclaje más difuso que presenta la perspectiva de subjetividad social?.

A nuestro juicio, la respuesta es negativa. Respecto a lo primero, Granovetter estaba lejos aún de la perspectiva de la

[5] Además de los trabajos de Elster a los que aquí se recurre y se citarán expresamente, cabe recordar del autor otros importantes títulos como "El cemento de la sociedad"; "Juicios salomónicos" o "El cambio tecnológico", entre otros.

socialización de los individuos, que marca la variabidad según el contexto sociohistórico. Esto es: en tanto no se desprende del individualismo metodológico, no se abordan las mediaciones propias de los procesos de individuación desde lo colectivo. La acción seguía siendo racional y las limitaciones eran externas al actor (De la Garza, 2005) lo que lo alejaba de tal postura. Bourdieu, con una posición que a nuestro juicio no deja de recuperar el rol activo del agente, criticó las teorías de la elección racional y el individualismo metodológico incluyendo la solución teórica de Granovetter. Esta, observaba Bourdieu, no dejaba de suprimir los efectos de la coacción estructural de la sociedad y las relaciones objetivas del poder, indicando que con su postura, se mantiene en la visión de ver solo "el efecto de la previsión consciente y calculada que, presuntamente, cada agente hace de los efectos de su acción sobre los otros agentes..." (Bourdieu, 2001, p. 226).

Respecto a lo segundo, si se establece una concepción dinámica de la subjetividad, nos alejamos - como subraya De la Garza (1994, p. 375) - tanto de la perspectiva de la elección racional como igualmente de una postura de determinismo situacionista. Para tales perspectivas, como se explicó, la construcción de la decisión no aparece como un problema sociohistórico complejo, como sí permite advertir y complejizar la perspectiva de subjetividad social, sino un supuesto de que la decisión es siempre utilitaria y racional.

En suma, la perspectiva de lo que sigue es que: (a) se intenta delinear una visión que articule lo micro y lo macro, las coyunturas con escalas de tiempo mayores, que no deje de considerar el contexto sociohistórico; (b) en ella se trata de articular los cálculos de los agentes individuales y colectivos, pero deben ser vistos como una parte de una subjetividad colectiva siempre en construcción; (c) las demandas de derechos de los movimientos y organizaciones sociales a partir de las necesidades cotidianas participan en esa construcción y, como veremos, en el actual contexto cobran nueva relevancia; (d) dada la tendencia a la autoreferencialidad en los campos de la economía y de la política y en consecuencia a una construcción de subjetividades cerradas, la expansión de una subjetividad colectiva de emancipación desde el campo popular es condición para incidir en esos campos.

Esto lleva a la necesidad de identificar tanto las fuerzas sociales que actúan con capacidad de construir subjetivamente e impulsar objetivamente la construcción de derechos, como aquellas capaces de bloquearlos. Y las tensiones a que están sujetos los agentes de uno y otro espectro de posiciones.

Breve referencia al nuevo consenso económico y político

La constatación de partida es que cuando fuerzas políticas que promueven una sociedad más justa acceden al gobierno mediante el triunfo electoral –luego de trabajosos procesos de construcción de alternativas populares- el resultado previsible es que todos sus originales planteamientos son recodificados en una nueva visión convincente pero notoriamente matizada. En el caso de Brasil y de los países del cono sur, esto ha significado el mantenimiento, con modificaciones, del anterior patrón de poder o patrón social de acumulación, construido en la década del ochenta y profundizado en la década del noventa.

El nuevo consenso económico se funda en la continuidad básica de la ortodoxia anterior, aunque con la incorporación paulatina de otras reglas de juego con mayor regulación que en el período anterior (introducción de formas de neoinstitucionalismo). Sobre estas tesis de la continuidad por sobre las diferencias, claro está, se pueden argumentar muchas cosas, pero entre los principales indicadores está en visualizar la estabilidad de los sectores económicos ganadores y perdedores (aunque en Argentina se han observado algunos cambios) y la continuidad en los resultados de distribución del ingreso.

Se manifiesta aquí la violencia simbólica que examinaba Bourdieu, es decir esa coerción que se instituye por mediación de una adhesión que el dominado no puede evitar otorgar al dominante cuando sólo dispone, para pensarse o pensar su relación con él, de instrumentos de conocimiento, de perspectivas que comparte con el dominante y que aparecen como universales, transhistóricos, cruzando partidos políticos, cruzando conducciones económicas de distintos gobiernos.

Es decir, los nuevos escenarios son de gobiernos cuyas bases son fuerzas políticas que fueron referente histórico del cambio social (el caso argentino es particular ya que la idea de peronismo es extremadamente vaga y se ha constituido como cultura política), deben proveer ahora de bases relegitimadoras de un proyecto de sociedad que, se esté de acuerdo o no, tiene consecuencias de limitación para un proyecto social de expansión de derechos. Esto sugiere la necesidad de construir nuevos consensos, es decir, formas de ver la realidad que naturalicen lo dado, que muestren como evidentes determinados cursos de acción apoyándose en los recursos simbólicos de los agentes políticos.

Para generar el nuevo consenso, se dispone de diferentes mecanismos ya que las sociedades latinoamericanas, y especialmente Brasil, tienen un tejido social enormemente fragmentado a partir de las transformaciones socioeconómicas, con fracturas subjetivas ostensibles, así es que se apunta a: planes asistencialistas para sectores muy empobrecidos, promoción de consumo para sectores de clase media (disciplinamiento hedonista), construcción de un sentido de inevitabilidad del curso de acción elegido para los sectores más cercanos a la fuerza política, un sentido de la resignación para los sectores con mayores expectativas de cambio social, una perspectiva de tiempo de actuación insuficiente y no de proyecto sociopolítico, para la población en general, etc.

Estas son, por cierto, líneas generales que tienden a variar en su instrumentación de acuerdo a los países analizados, pero si se aplica el esquema delineado en la primera parte el resultado es inequívoco: no se promueve una construcción de una subjetividad colectiva de derechos, es decir, una subjetividad de emancipación, sino lo contrario. El papel del campo popular resulta central en ese sentido, pero considerando que los gobiernos no están ocupados hoy por fuerzas que fueron referentes históricos de la regulación social, el arco de organizaciones y movimientos sociales en cada país comienza a mostrar previsibles quiebres de percepción y estratégicos.

Esto significa que estos gobiernos aumentan en este sentido, su capacidad respecto a sus precedentes (Menem y De la Rua en Argentina, partidos tradicionales en Uruguay, Democracia Cristiana o incluso Pinochet en Chile, F. H. Cardoso y anteriores en Brasil). Es decir, tiene más recursos disponibles (por ejemplo el prestigio), para evitar la resistencia a la generación del nuevo consenso. En los nuevos escenarios, el campo popular ha sido estriado en función de las nuevas articulaciones entre gobierno, fuerza política y fuerzas sociales, ya que es inédito que el referente político de los cambios que es el que mantiene conexiones con los movimientos sociales (PT en Brasil, Frente Amplio en Uruguay, Partido Socialista en Chile) aparece ahora como el reproductor del orden social y no del cambio social.

Relación entre campo popular, fuerza política y gobierno: esquema de escenarios

Las fuerzas sociales, al intervenir en el contexto de gobiernos más identificados con la izquierda, procuran zanjar las distancias entre proyecto y concreción, procuran quitar autoreferencialidad al campo político y obligan al partido a correr riegos que de otra manera sería imposible desde el puro sentido práctico de la mayoría de sus integrantes. Pero además siguen teniendo un rol central en la capacidad de construir formas subjetivas de apropiarse de la realidad y construir sentidos de sociedad que de lo contrario serían absolutamente marginales. Lo cual reabre una discusión.

A partir de aquí pueden esquematizarse dos tipos de escenarios, ambos inestables, sobre su capacidad de construcción de subjetividades colectivas. Para ello imaginemos un continuo donde en un sector se ubica la predisposición social a actuar con capacidad de construcción colectiva de derechos, de producir una subjetividad de emancipación, es decir, un espacio social que predispone a la generación de movimientos sociales o formas de producción alternativa, por ejemplo. En el sector opuesto, se ubica la predisposición al conformismo, a la apatía respecto a la reproducción de desigualdad social, al rechazo - manifiesto o latente - a involucrarse en cualquier dinámica colectiva de cambio, al refugio en lo individual y lo privado que puede adoptar distintas formas, etc. Es decir, una subjetividad de regulación. En el medio de ambos, se ubica la tensión, la lucha, entre una subjetividad potencialmente estabilizadora de lo dado o potencialmente transformadora. Es decir, este es el espacio social de disputa entre proyectos sociales y en el que se ubica la proyección de estos dos escenarios.

Escenario de adaptación

El primer escenario es de menor capacidad de proyección subjetiva de los agentes del campo popular, sugiere que los nuevos gobiernos logran afirmar su capacidad de construir consensos, que las necesidades cotidianas encuentran un canal tradicional de resolución. Entre las formas de conservar una subjetividad colectiva de consenso sobre las discrepancias generales, está la cooptación. Por ejemplo, en una organización popular en la que agentes individuales de la misma actúen indistintamente en ese espacio y en el campo político, puede pesar más el capital social acumulado que la capacidad de rebelión. Esto es: no se quiere perder o arriesgar carreras existentes o potenciales dentro del campo político. En estos casos, la lógica pragmática del campo político puede seguir predominando como lógica central y desestimular indirectamente posicionamientos más críticos de las organizaciones. Esto se observa en todos los casos aunque más llama la atención por la historia inmediata en la relación PIT-CNT – Frente Amplio – gobierno en Uruguay y en la relación CUT – PT – gobierno en Brasil.

Recuérdese que un partido en el gobierno siempre tiene más formas que un movimiento de retener agentes individuales de peso político real o potencial, mediante prebendas materiales o simbólicas o una mezcla de ambas que nadie admitirá públicamente. Evidentemente, todo partido siempre tratará de mostrar una fundamentación técnica convincente de sus decisiones en reclutamiento de cargos medios y altos, aunque éstas no sean más que la expresión de construir equilibrios delicados que no pongan en riesgo la reproducción como fuerza dentro del campo político.

En segundo lugar, si bien el gobierno no atiende la demanda ni promueve subjetivamente la resolución colectiva de necesidades, igualmente puede mantener canales de diálogo sobre la misma, administrando en dosis pequeñas recursos que van en el sentido de los objetivos de la organización. De hecho esto es lo que se ve hoy. Por ejemplo, en Uruguay, la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM) no logra que el gobierno emprenda un apoyo sustantivo a la vivienda por ayuda mutua, el Ministerio de Vivienda no resulta un particular impulsor de resolución colectiva de la necesidad de vivienda, pero paralelamente la Intendencia de Montevideo genera para esa organización una cartera de tierras que descomprime una línea de crecimiento de protestas de la organización. De la misma forma, el movimiento Sin Tierra (MST) en Brasil no puede lograr que se desarrolle un proyecto de reforma agraria, pero consigue que en los asentamientos de la organización el gobierno suministre alimentos. Tanto el Frente Amplio como el PT son campo de tensiones en tal sentido.

En este escenario, no se descarta que surjan o aumenten su potencial otras expresiones sociales que escapen a estas lógicas centrales, pero siguen siendo marginales. De hecho, en los cuatro países se observan manifestaciones de este tipo, pero la tendencia general es que los gobiernos consiguen en base a mecanismos como los mencionados u otros que las posiciones más críticas respecto a la dirección actual sigan siendo marginales, consigue que las expectativas sociales de cambio sigan siendo canalizadas subjetivamente como parte de la conducción del gobierno, finalmente consigue mantener un consenso social general con cierto grado de estabilidad, más allá de expresiones de protesta.

Escenario de desajuste o desacoplamiento

Implica que se está dispuesto a construir formas sistemáticas de desobediencia frente al consenso. Aquí se presentan dos posibilidades. Por un lado, los movimientos sociales más cercanos a los gobiernos, por decirlo rápidamente, recuperan una relación de mayor autonomía respecto a los mismos e incluso respecto a la fuerza política. Pero, por otro lado, puede ocurrir que adquieren mayor protagonismo otros movimientos u otras formas de movilización que quiebren los consensos.

Para proyectar este escenario con estas últimas características, puede considerarse por ejemplo el caso de los estudiantes chilenos en el 2006. La masiva y contundente movilización que promovieron transitó durante dos meses - a partir de la agitación que comenzó el 16 de abril de ese año - por carriles diferentes de la política tradicional. Es decir, la movilización de los 800 mil estudiantes de secundaria con el apoyo de 100 mil estudiantes universitarios que colocó en la agenda el derecho a una educación pública de calidad transcurrió fuera del consenso bipartidista.

Si bien el proceso con los estudiantes luego retomó canales más institucionales, no fueron pocos los análisis que vieron en esas experiencias sociales una proyección de tiempos de inestabilidad y de incertidumbre y que era previsible que otras demandas latentes en la sociedad encontraran un nuevo tiempo de expresión. De hecho, recientemente se produjeron manifestaciones importantes en torno al derecho a un transporte de calidad en Santiago, cuando abruptamente se pudo visualizar la inexistencia de ese derecho con el funcionamiento del llamado "Transantiago"[6].

También puede considerarse las dos movilizaciones que se realizaron por la llegada de Bush en Uruguay. En una, se nuclearon los movimientos clásicos (PIT-CNT, FUCVAM, etc.) con la particularidad que la convocatoria no hacía mención al gobierno sino solo el rechazo al presidente norteamericano. En la otra, reunida por la llamada "Coordinación Antiimperialista", un conglomerado de organizaciones sociales y políticas se incluía al gobierno en las críticas. Puede leerse esto como una inflexión, puesto que, si bien la mayor concurrencia se produjo en el primer caso, nunca una convocatoria como la señalada en segundo término - es decir, fuera de los parámetros del Frente Amplio y de la central sindical PIT-CNT- había convocado tanta participación.

La escisión volvió a marcarse en Uruguay con los actos por el Día de los trabajadores, el primero de mayo del 2007. Además del clásico acto anual convocado por la central de trabajadores PIT-CNT, existió un poco antes y el mismo día un acto alternativo convocado por la corriente sindical "Tendencia Clasista y Combativa" en el que se realizaron fuertes críticas al gobierno pero también a la "burocracia sindical". Algunos participaron de ambas concentraciones, lo cual es significativo de algunas desorientaciones generales. Casos como estos, sin duda, abren nuevas interrogantes sobre la disputa del campo popular de nuevos agentes -siempre en un campo, las estrategias de subversión permanecen confinadas en determinados límites- e interrogantes, en consecuencia, sobre referentes organizativos en la construcción de subjetividad colectiva.

También en el caso uruguayo, puede apuntarse a los procesos de ocupación de tierras en el norte del país. Algo menos llamativo en Brasil, pero significativo en el caso mencionado por lo que significa la recuperación de una movilización rural y de cuestionamiento a la política de tierras del gobierno del Frente Amplio. Esto provocó la introducción del conflicto dentro del gobierno y dentro de la fuerza política. En tal sentido, se ha avanzado legalmente en la penalización de las ocupaciones.

Reflexiones finales

La reproducción de las formas de consenso político actuales - una forma irreal de unidad que enmascara las desigualdades sociales y los distintos intereses de clases y grupos - en los cuatro casos considerados para el análisis implica construcción subjetiva de pasividad. La apelación a la decisión técnica, pragmática o de sentido común lleva a la "despolitización" en el sentido de considerar al partido político como instrumento de cambio, pero en verdad genera otras formas de politización implícitas como lo es la apatía, pero esto tiene consecuencias en los procesos sociales, algunas de ellas imprevisibles. Aún así, se delinearon dos escenarios.

Como se ve, mientras en el primer escenario se observa la reproducción de las formas de consenso políticas actuales que no plantean otro proyecto de sociedad, en el segundo se avanza enfrentando la conformación de una subjetividad de resignación de lo dado, lo cual abre a nuevos horizontes de posibilidades: desde la necesidad de avanzar en otras alternativas sociales de resolución de necesidades, a pesar del poder de veto de sectores del capital, hasta formas de criminalización de la protesta.

A corto plazo entre los dos, es razonable pensar - a nivel de la región - que el primero de ellos tiene más posibilidades de cristalizarse, teniendo presente que la economía está en crecimiento, que los gobiernos tienen recursos para seguir construyendo consensos, que en el campo político parecen consolidarse las nuevas posiciones de sus agentes y que en el campo popular todavía no se consigue reacomodarse estratégicamente frente a los nuevos desafíos políticos y económicos.

No obstante este escenario de adaptación para el campo popular no sugiere que no se esté exento de tensiones, de movilizaciones, en fin, de nuevas batallas en el plano de la subjetividad colectiva. Tampoco estarán ausentes el crecimiento de formas de anomia o alienación cuyas expresiones sociales son muy variadas. En todo caso, como se trató de apuntar, a efectos de pensar las nuevas coyunturas en que se contextualiza la temática de los movimientos sociales, se requiere de estudios comparativos a nivel regional que permitan apreciar tensiones, blo-

[6] Las referencias a casos concretos están basados en el seguimiento periodístico.

queos, creatividad, posibilidades, etc. Téngase en cuenta que, en el fondo, de lo que se trata es de significados de la democracia en América Latina: que se constituya definitivamente como un mero recambio de grupos políticos cada tantos años que se disputan el control de la administración, o que sea un efectivo campo permanente de disputa de proyectos de sociedad por donde puedan construirse alternativas sociohistóricas. Huelga señalar a esta altura de la argumentación el papel histórico que le cabe a organizaciones y movimientos sociales en esa construcción.

Referencias

BOURDIEU, P. 2001. *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires, Editorial Manantial, 271 p.

BOURDIEU, P. 2005 (1989). *O poder simbólico*. Rio de Janeiro, Editora Bertrand Brasil, 314 p.

DE la GARZA TOLEDO, E. 1994. Las teorías de la elección racional y el marxismo analítico. *Estudios Sociológicos*, **35**:357-379.

DE la GARZA TOLEDO, E. 2005. Neoinstitucionalismo, ¿opción ante la elección racional? Una discusión entre la Economía y la Sociología. *Revista Mexicana de Sociología*, p. 163-203.

DELAMATA, G. 2002. De los "estallidos" provinciales a la generalización de las protestas en Argentina: perspectiva y contexto en la significación de las nuevas protestas. *Nueva Sociedad*, **182**:121-138, noviembre-diciembre.

ELSTER, J. 1995. *Tuercas y tornillos: una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Barcelona, Gedisa Editorial, 178 p.

FALERO, A. 2006. Ciclos de luchas sociales, transformaciones sociopolíticas y escenarios posibles en Uruguay. *In:* E. MAZZEI (COMP.), *El Uruguay desde la Sociología IV*, Montevideo, Dpto. de Sociología, p. 47-66.

FALERO, A. 1999. Reflexiones en torno a instrumentos conceptuales para el análisis de acciones colectivas. *Revista de Ciencias Sociales*, **15**:59-70.

FALERO, A. y VERA, A. 2004. Transformaciones sociales y campo popular en Uruguay: construcción de alternativas y escenarios posibles. *In:* O. BRANDO (coord.), *Uruguay hoy: paisaje después del 31 de octubre*, Montevideo, Ediciones del Caballo Perdido, p. 145-164.

GRANOVETTER, M. 1985. Economic action and social structure: the problem of embeddedness. *American Journal of Sociology*, The University of Chicago Press, **91**(3):481-510.

LEÓN, E. y ZEMELMAN, H. (coords.). 1997. *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona, Anthropos / CRIM-UNAM, 174 p.

OLSON, M. 1992 (1965). *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teoría de los grupos*. México, Editorial Limusa, 269 p.

SADER, E. 1995 (1988). *Quando novos personagens entraram em cena: experiências e lutas dos trabalhadores da Grande São Paulo 1970-1980*. São Paulo, Editora Paz e Terra, 329 p.

SANTOS, B.S. 2000. *A crítica da razào indolente. Contra o desperdicio da experiencia*, Sào Paulo, Cortez editora, 415 p.

SANTOS, B.S. 1998 (1995). *De la mano de Alicia: lo social y lo político en la posmodernidad*. Bogotá, Ediciones Uniandes / Universidad de los Andes / Siglo del Hombre Editores, 456 p.

TARROW, S. 1997. *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza Editorial, 369 p.

ZEMELMAN, H. 1989. *De la historia a la política: la experiencia de América Latina*. México, Siglo XXI Editores / UNU, 195 p.

ZEMELMAN, H. 1996 *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*. México, El Colegio de México, 209 p.

ZEMELMAN, H. 1992. *Los horizontes de la razón*. México, El Colegio de México / Ed. Anthropos, 2 tomos, 255 p. y 191 p.

Submetido em: 11/06/2007
Aceito em: 10/07/2007